

Carta N 242
página N 3

1

En la carta que Ramón González Peña dirigiera a nuestro común amigo Elías Palma, de Huelva, en abril de 1935, sencillamente, con esa sencillez que es su mejor ejecutoria, decía nuestro héroe: "¿Que hice para que tratéis de enaltecerme de tal forma? ¿Acaso hice otra cosa que cumplir con mi deber?"

Es una gran autobiografía.

Peña cumplió siempre su deber, virtud que la Fortuna no discierne con demasiada frecuencia y que permitiría a nuestro camarada -si no se lo vedase una gran modestia- caminar con altivez y enjuiciar con soberana autoridad.

Salazar ha recogido en esta biografía la obra de Peña antes de octubre del 1934. Después de esa gesta revolucionaria, cuando esperaba en un calabozo el desenlace de su drama, la Oficina Parlamentaria Socialista trazó y divulgó un bosquejo biográfico del líder de la insurrección socialista en que se decía:

"Ha consagrado toda una vida de austeridad y sacrificio al servicio de un ideal, y por ello es acreedor al respeto de los extraños y al amor de los afines. Miles de trabajadores saludarán gozosos su retorno a los puestos de lucha y de honor".

La justeza de estas palabras es evidente, luego de conocer in extenso quién ha sido Peña desde su infancia hasta el instante en que sale de Ablaña al frente de la primera columna insurreccional: es de los que consagran toda una vida al Socialismo y de los que dan la vida en un momento en que el esfuerzo heroico es obligado. El, como buen socialista, prefiere ir dando la vida día a día, y por eso no hay a través de la suya de militante el menor asomo de blanquismo; pero cuando hay que jugárselo todo, se lo juega con impasibilidad sorprendente -como el dice, con humorismo astur-, "esperando la segunda vuelta".

Después de Octubre, Peña es, según Araquistáin (1), "el hombre simbólico de la revolución". Indudable. Como también que hoy es Peña el hombre simbólico de la unidad socialista, y cuando se saluda su presencia en la tribuna con gritos de ¡U. H. P.!, encuentran el eco de su propia conciencia de hombre convencido de que sin unión no hay fuerza y sin fuerza no hay revolución socialista triunfante.

Para su creador -Peña-, la consigna ¡U. H. P.!, significa la "unión es fuerza", y no, como algunos creyeron interpretar, "unión de hermanos proletarios". Bajo esa consigna de Peña triunfó el movimiento revolucionario asturiano: hubo unión de todos los socialistas, primero, y de todos los sectores obreros, después,

y esa unión se tradujo en fuerza arrolladora. A esa consigna sigue fiel González Peña después de Octubre. Es en él como una obsesión. Cuando suscribe con Jiménez de Asúa y otros militantes un mensaje de adhesión al inolvidable Remigio Cabello como vicepresidente del Partido, no hace más que repetir: ¡U. HP! Cuando propugna la unidad del Partido Socialista, insiste en la consigna revolucionaria. No concibe la existencia de una fuerza revolucionaria sino a través de una fuerte cohesión socialista. Sin ella, el valor de una entente proletaria sería nulo. Toda división moral o material del Partido que hizo la revolución de Octubre estorbaría la posibilidad de conquistar el Poder y establecer el Socialismo. La crisis del partido más poderoso del proletariado español puede tener remedio - si lo quieren las masas- dentro del marco de la unidad material; rota ésta, una oleada de pasiones debilitaría el prestigio de las personas y el poder de las colectividades, acrecentando las coyunturas contrarrevolucionarias; que no serían tan torpes las derechas que desdeñarían el divide et impera. Por eso, Peña, fiel a la consigna y al significado antifascista y revolucionario de Octubre, repite insistentemente ¡U. HP! Unión es fuerza. Y sería tristísimo que igual que en Octubre sólo respondió a la consigna Asturias, ahora tal consigna se convirtiera en cufia divisoria de los que profesamos un mismo ideal y estamos situados en el vértice de odios de un mismo enemigo.